la grande inundación que de su laguna padeció México el año de 1624, fué forzoso terraplenar y levantar sus calles en tanta altura, que sobrepujó las cinco gradas por donde se subía á esta Iglesia, y aun hoy se baja una para entrar en ella; y así, para defensa de la humedad, ha sido necesario entablonarla en buena forma, con tablones, sobre vigas de cedro, como hoy está; siendo así que esta Iglesia está fabricada en el puesto más alto de la ciudad, y es la que menos padeció, fuera de la Catedral, de todas las que en esta grande ciudad se inundaron; aunque (como atrás queda dicho) después que se prosigue con el costoso y grande desagüe de la laguna, está ya libre de estas inundaciones.

Y antes que escribamos de los retablos y adorno con que la piedad de ciudadanos mexicanos han adornado é ilustrado este templo después de su dedicación, será forzoso el escribir primero y de propósito de ella, á lo cual nos hallamos obligados por muchos y gravísimos respectos: el primero, por haberse juntado esta solemnísima fiesta de la dedicación con otra no menos solemne, que fué la que celebró la muy insigne ciudad de México á la publicación de haber beatificado la Santa Sede Apostólica á nuestro glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola. Y la segunda razón para detenernos algo en esta materia, es: porque esta fiesta (como claramente se conocía por su relación) fué de las más insignes y célebres que de su género en toda la cristiandad se han solemnizado y festejado. Y últimamente, nos hallamos obligados á dilatarnos algo en ella para demostración y memoria del agradecimiento con que quedó nuestra Compañía á los extremos de benevolencia que con ella y con su gloriosísimo P. S. Ignacio ostentó la muy ilustre y muy noble ciudad de México, mostrando en esta ocasión singularísimamente la devoción que con el Santo y sus hijos siempre han tenido y conservado.

CAPITULO IV

Relación de las fiestas insignes que en la Ciudad de México se hicieron en la dedicación de la Iglesia de la Casa Profesa y Beatificación de nuestro Santo Padre Ignacio.

§ I

Escríbese la publicación solemne que se hizo de esta fiesta. Año de 1610.

Habiendo llegado á 28 de Junio del año de 1610, á las diez de la noche, un correo con nueva de navío de avisos de España, en que el Sr. D. Luis de Velasco, Marqués de Salinas y Virrey de esta Nueva España, tuvo nueva de las solemnísimas fiestas que en España se habían hecho en la Beatificación de nuestro Padre San Ignacio, á la misma hora envió á dar aviso á los nuestros de la Casa Profesa y Colegio de esta Nueva España; la cual se recibió con la alegría que se puede

imaginar. Pero habiendo recibido después cartas de los nuestros, en que se daban noticias más por extenso, las dieron á Su Excelencia y al Sr. Arzobispo D. Fr. García Guerra, á la Real Audiencia y á los señores Inquisidores, y á todas las Religiones y Conventos de la ciudad, al Corregidor y Regimiento de ella, y todos la recibieron con demostraciones de sumo gusto, aunque con sentimiento, porque no les dábamos tiempo para solemnizar, conforme á su devoción y deseo, la primera nuestra de esta fiesta, de lo que había de las cuatro de la tarde, en que se acabó de dar el aviso, hasta la noche, que se había de publicar, con todo se previnieron lo mejor que les fué posible; y en tocando las *Ave Marías* en la Iglesia mayor, luego se siguió el repique solemnísimo de sus muchas, sonoras y grandes campanas, á que respondió la Casa Profesa con el suyo, y el ruido grande de instrumentos, trompetas, chirimías y atabales, grandes luminarias, cohetes voladores, á que acudieron muchos de la ciudad, poniendo luminarias en sus azoteas y hogueras en las calles, con que estaban tan claras, como si fuera día claro. En el mismo tiempo en que la Iglesia mayor hizo su señal, le respondieron las torres de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín con todos los demás conventos de Religiosos y Religiosas, con tanto ruido de campanas y hermosura de luminarias, que se alborozó toda la gente con tan repentina novedad; y llena de gozo, después de sabida la causa de ella, acudían á todo correr á nuestra casa, clamando: «*¡ Viva San Ignacio!*» Los muy religiosos Padres Carmelitas Descalzos se esmeraron en una acción bien significativa de su mucha devoción: ésta fué que, sin permitir que los criados de su casa subiesen la leña á las azoteas para las luminarias, los mismos Sacerdotes la subían sobre sus hombros, no queriendo que en esta santa solemnidad de nuestro Santo interviniese otra fuerza ó industria que la suya; y había sido tal el concepto que se había hecho de la gran santidad de nuestro santo Padre, aun antes de estar declarada con solemnidad en la Iglesia, que cuando se celebró esta nueva hubo algún convento de monjas que, subiendo toda la comunidad á la azotea de su casa, con varios instrumentos y voces cantaron un *Te Deum laudamus*, y en otros monasterios algunas monjas de las más graves subieron á repicar las campanas á su torre, y lo hicieron estando de rodillas todo el tiempo que duró el repique; y semejantes demostraciones se hicieron en otras partes. Luego, pues, que comenzó el repique, se juntaron todos los Religiosos de nuestra Compañía en nuestra iglesia de la Casa Profesa, donde habiendo venido la música de la Iglesia mayor, con su maestro de capilla y algunos de los Prebendados principales de aquella santa Iglesia, y estando puesta una imagen de nuestro santo Patriarca en lo alto del tabernáculo del altar mayor, con muchas luces, y habiendo concurrido gran número de gente de la ciudad á la voz, cantó la música un *Te Deum laudamus* con grandísima solemnidad, y salió el P. Visitador con capa rica de coro, acompañado de otros Padres con sobrepellices: dijo primero la oración de acción de gracias y luego otra de nuestro santo P. Ignacio, y cuando llegó á nombrarle fué tanta la ternura de lágrimas que hubo en la iglesia, de devoción, que mostraron bien el afecto de los corazones con el Santo. Continuóse el repique de las campanas y celebridad de cohetes hasta muy gran parte de la noche, con grandes júbilos de toda la ciudad y muestras de su alegría. Esmeróse esta noche, muy en particular, el Illmo. Sr. Arzo-

bispo, en las luminarias y cohetes que hubo en sus casas arzobispales. Con estos y los largos parabienes que á otro día recibimos los de la Compañía de las otras sagradas Religiones y gente principal de la ciudad, se comenzó á disponer la principal solemnidad de esta fiesta, para el día del dichoso tránsito de nuestro santo Padre; y aunque el tiempo era muy breve, se conoció la voluntad del Virrey, Arzobispo y ciudad, que acudieron con el afecto y veras que después mostró el efecto: especialmente el Exmo. Marqués de Salinas, á quien en esta ocasión debió tanto la Compañía, cuanto en pocas palabras no se puede encarecer, porque no parece sino que para sólo honrar nuestra fiesta y hacernos favores en ella le había puesto Su Majestad por Virrey de esta Nueva España. Comenzóse á disponer lo que la brevedad del tiempo, que fué cuatro semanas, nos dió lugar. Ayudó grandemente por su parte la nación Vizcaina, como tan obligada á nuestro Santo, tratando de celebrar su fiesta con un alarde general de la nación de quien fué General el muy noble D. Pedro de Otalora, Oidor más antiguo en esta ocasión de la Real Audiencia de México, persona ejemplarísima en este reino, que después se ordenó de sacerdote y fué promovido por el Rey á la Presidencia de la Audiencia de Guadalajara, donde murió con opinión de santidad. Ese caballero, como tan principal en la Provincia de Guipúzcoa, y algunos otros oficiales de las personas de más calidad que aquí se hallaron de la nación, quisieron celebrar esta fiesta, dando el Excelentísimo Virrey facultad y licencia para levantar bandera, alistar gente de la nación por el tiempo que durase esta compañía. En prosecución de este intento, salió el Alférez mayor del reino con mucha guardia del Virrey, cajas, pífanos, tambores, que iban vestidos de terciopelo colorado y verde, con gorras vizcainas de lo mismo, y á voz de pregonero y grande acompañamiento se echó el bando por todas las calles de la ciudad. Trató la nación de bendecir la bandera el día de la Magdalena, como lo hizo, en la Iglesia de nuestro Colegio, por vivir cerca de allí el Alférez, viniendo á ella con toda la compañía en tropa con su capitán y diciendo la Misa un Padre vizcaino que fué el que la bendijo, llamado Juan del Valle (que después murió mártir á manos de los apóstatas tepehuanes), y hasta los HH. acólitos y el que servía el incensario, quisieron los vizcainos que fuesen de la misma nación; é innumerable gente fué la que á este acto concurrió, y cuando llegó á decir el sacerdote el Evangelio, el Alférez que había tenido en alto la bandera, la tendió á lo largo sobre una alfombra, acudiendo los soldados con una célebre salva de arcabucería, y lo mismo hicieron al alzar el Santísimo Sacramento y al bendecir la bandera y entregarla el Sacerdote al Alférez. Acabada esta ceremonia se volvieron todos al cuerpo de guardia y enarbolaron su bandera, que era muy hermosa, y en medio de ella una cruz roja; y por una parte nuestro Padre San Ignacio y por otra una Imagen de nuestra Señora de Aranzazu que es en Vizcaya solemne. Mucho había que hacer en esta fiesta, y el tiempo tan breve de distribuir las cosas de suerte que se pudiese acudir á todo. Y la principal dificultad estaba en disponer el templo nuevo de la Casa Profesa que se iba acabando y no se entendía que pudiera acabarse hasta Navidad, y por otra parte no se podía celebrar fiesta tan grande y solemne en la Iglesia vieja, por ser tan estrecha y desacomodada. Pero sacando fuerzas de flaqueza y dando cuenta de esto al

señor Virrey, para que mandase darnos todos los oficiales que fuesen menester, para que en un mes se dispusiese todo lo que pedía medio año de tiempo. Su Excelencia acudió con gran voluntad y eficacia á todo lo que pertenecía á la solemnidad de estas fiestas, y fué Nuestro Señor servido de que con la grande diligencia del Padre y Hermanos que acudían á la obra de la Iglesia, y con grande copia de oficiales que en ella trabajaban, que llegaban á doscientos, se viniese á acabar todo un día antes de la víspera de nuestro Santo Padre, quedando este templo uno de los más hermosos, vistosos y capaces que tiene nuestra Compañía en Europa y las Indias; y como concurriesen aquí dos circunstancias tan grandes de juntarse dedicación de templo, y tan principal con la Beatificación de nuestro santo Padre, fué forzoso disponer otra, que la ilustró sobremanera, y fué pensar el modo que se guardaría de colocar el Santísimo Sacramento en la nueva Iglesia. A lo cual acudió el Illmo. señor Arzobispo y la Catedral con grandísima voluntad, ofreciéndonos de traer el Santísimo Sacramento el mismo día de nuestro santo Padre, en la mañana, con una solemnísima procesión, la cual saliese á recibir nuestro santo Padre Ignacio, ofreciendo á aquel gran Señor de quien tanta gloria recibía en el cielo aquel nuevo Templo que le dedicaban sus hijos donde fuese servido y glorificado. Y también fué circunstancia particular de esta fiesta, de ser este templo el primero que se dedicaba á nuestro santo Padre en su Beatificación, y para todo lo demás que á ella tocaba se trazaron las cosas, como se irán diciendo en el discurso de esta Relación.

§ II

Solemnidad con que se celebraron las Vísperas de esta fiesta y la noche siguiente.

Dispuestas y prevenidas las cosas en la forma dicha, viernes 30 de Julio á las doce del día, comenzó nuestra torre y la del Colegio, Iglesia mayor, conventos, parroquias y monasterios, con tanto ruido de campanas, trompetas, atabales y chirimías, que se hundía la Ciudad. A las dos de la tarde, estando la calle llena de gran concurso de gente, se abrieron las puertas de la Iglesia, y se descubrió tan hermosa con el adorno de los altares, muchedumbre de luces y riqueza de oro y plata, que parecía un retrato del cielo. Cantó las Vísperas la Capilla de la Iglesia mayor, que por nueve días que duraron las fiestas, no faltó tarde ni mañana de ellas; asistiendo el Virrey y Audiencia, el Arzobispo con su Cabildo, el Corregidor y Ciudad y todas las Religiones, siendo mucho número de sus religiosos que concurrían. Comenzó las Vísperas el Arzobispo desde su sitial, aunque no las dijo de Pontifical por haber de predicar el día siguiente. Y así hizo el Oficio restante de ellas el P. Visitador, saliendo á incensar con una riquísima capa, acompañado de algunos Padres graves con sobrepellices, que á los nuestros y á los de fuera todo causaba gran edificación y consuelo. Todos los altares estaban admirablemente compuestos, pero el que llevaba los ojos era un colateral que aderezó un vizcaino, tal, que se duda haberse hecho cosa semejante en este Reino. Estaba al lado del

Evangelio del altar mayor un bufete grande aderezado en forma de altar, con cuatro frontales de brocado de tres altos y frontaleras bordadas, y encima unas andas rasas aforradas en terciopelo bordado, y sobre ellas una imagen grande de Nuestro Santo Padre, de estatura de un hombre; tenía en la mano derecha un *Jesús* levantado, cuyas letras eran de diamantes finísimos y piedras de gran valor, y los rayos de puntas de oro, ámbar y cristal. El rostro muy devoto, sereno y grave, inclinado un poco hacia el Jesús que estaba mirando, y en la mano izquierda tenía un libro abierto de las Constituciones: estaba el Santo vestido de manteo y sotana de terciopelo negro, cuajado de ramos y lazos de perlas, diamantes, esmeraldas, rubíes, topacios y jacintos, obra en que la riqueza de México admiró, de suerte, que nunca se pensó que tal y tanta se pudiera juntar. Tenía el manteo lleno de admirables piezas de mucho valor, y aunque por sí era rica la materia, por ser de piedras finas y oro, la hechura y labor excedía con ventaja, de modo que á la materia sobrepujaba el arte. En la parte que le caía sobre los hombros tenía dos *Jesuses* hechos de pedrería, que con razón admiraban á todos cuantos los veían. El mismo valor tuvo la sotana, cinto, diadema y zapatos, tanto, que lo tasaron todo en 400,000 ducados, pareciéndoles á muchos que el valor era mucho mayor. Y aunque admiraba mucho el oro, piedras, perlas y pedrería, más sin comparación admiraba el aseo, proporción y buen orden de las cosas que á este altar adornaban. Había seis blandones de plata de dos varas en alto, tan gruesos, que apenas podía alzarlos un hombre; había más otros diez y seis blandones de á vara, tres braseros de plata, los tres muy grandes de á vara en alto y tres de diámetro, con sus cubiertas enrejadas, pomos y cazoletas de olores: gastáronse cada día del octavario gran número de pebetes, pastillas, y tanta agua de olor, que, rociados los amitos, albas y demás ropa blanca de la sacristía, hubo para gastar todos ocho días en las piletas donde se lavaban los sacerdotes las manos para decir Misa. Y déjanse de referir las cargas de flores que por todos estos días iban trayendo los indios, de seis, ocho y quince leguas al rededor.

Habiéndose, pues, acabado las Vísperas con la solemnidad que se dijo, el Virrey con su Audiencia y el Illmo. Arzobispo con su Cabildo y todas las Religiones, salieron á una lonja alta, que está á la puerta de nuestra Iglesia, para ver cinco carros triunfales que salieron esta tarde á dar una vuelta á la Ciudad, con cinco triunfos que se habían trazado para la procesión del Santísimo Sacramento, del día siguiente en que Nuestro Santo Padre ofrecía á Cristo Nuestro Señor los trofeos que en aquellos triunfos se significaban de las victorias que, con su divina gracia y ayuda singular, había alcanzado en el mundo, por medio del Instituto y Religión que fundó. El primero fué de la juventud, y éste sacó la nación Vascongada, por haber sido madre en lo natural de Nuestro Santo Padre, en un galeón grande y bien pintado, con balaustrería dorada y velas de tafetán carmesí, armado sobre cuatro ruedas, como carro triunfal, que por una parte lo parecía y por otra navío galeón. Traía todos los árboles que suele tener un navío, y las dos velas de jarcia y trinquetes; tirábanle cuatro caballos castaños encubertados de terciopelo carmesí y pasamanerías de oro y plata; encrespadas colas y crines, y con hermosos plumajes sobre las cabezas; y del mismo terciopelo iba vestido el cochero, con sayo largo, montera y mangas. En la popa del navío iba sentado en una silla de terciopelo Nuestro Santo Padre, y á sus pies Cantabria y Guipúzcoa. Los aurigas de este carro iban en la proa, que eran los bienaventurados Estanislao y Gonzaga, con que Vizcaya mostraba ser madre de todo, pues tuvo un hijo que, por la educación de la juventud, se puede llamar *Pater orbis*. Los otros personajes de este triunfo eran doce: seis de los principales vicios de una juventud mal informada, que iban aherrojados y cautivos por las seis virtudes contrarias, que Nuestro Santo Padre enseña á la juventud. Los vicios, eran: el ocio, la libertad, el deleite, la desenvoltura, la mentira, el engaño. Las virtudes contrarias, eran: el honesto trabajo, la sujeción, la honestidad, la modestia, la verdad, la sencillez. El geroglífico de este carro era Nuestro Santo Padre en la popa de él con la insignia del planeta Júpiter, en la mano el águila, empresa de Júpiter y símbolo de la juventud reformada, con este mote: *Renovabitur ut aquilæ juventus tua:* renovarse há, como el águila, la juventud del mundo; y aherrojado á los pies el planeta Venus, símbolo del vicio más predominante en la juventud, vencido con la industria de Nuestro Santo Padre. Aquí salió acompañando este triunfo toda la nación vizcaina gallardamente aderezada con telas y brocados, haciendo una gran salva de arcabucería; capitaneándolos el capitán tan principal que arriba dijimos, D. Pedro de Otalora, con su bastón en la mano, y no derogando nada á la gravedad del alto puesto de Consejero de S. M. Llevaba este carro su música muy buena, y pasando á la vista del Virrey y Arzobispo cantaron algunas letras que parecieron muy bien.

Salió el segundo triunfo en otro carro, que fué de la ciencia, representando lo que nuestro santo Padre ha hecho en el mundo por medio de su Religión en las ciencias y facultades, así divinas como humanas. Los aurigas de ese carro fueron el Padre Maestro Laynez y el Padre Maestro Salmerón. Nuestro santo Padre iba en la popa, como en el carro pasado, y de la misma manera en todos los demás. Los personajes eran de las artes y ciencias en que la Compañía ha lucido, desde la gramática hasta la teología, cada cual de ellas con sus insignias. El geroglífico de este carro fué nuestro santo Padre con las insignias de Mercurio, el caduceo en la mano y las serpientes arrojadas en el suelo, y por mote aquellas palabras del 22 de los Proverbios: *Stultitia colligata est in corde pueri et virga disciplinæ fugabit eam.* También iba este triunfo en su carro triunfal con grande majestad y grandeza, que por la brevedad no se explica más en particular.

Tras éste salió el tercer carro en que iba la Fe contra la herejía: auriga de él era el insigne P. Canisio y el ilustrísimo mártir Campiano; el uno martillo de los herejes, y el otro corona de su patria: los personajes eran seis, que representaban seis provincias, las más infestadas de herejía, y en que más han trabajado los Hijos de Nuestro Padre: Alemania, Francia, Flandes, Inglaterra, Polonia y Escocia; y seis mártires de los más principales que han derramado su sangre á manos de los herejes de estas provincias: el ilustre Garneto, Ignacio de Acevedo, Pedro Díaz, Enrico Valpolo, Martín Gutiérrez y Martín Laterna. El geroglífico fué Nuestro Santo Padre con las insignias del planeta Marte, con una hacha de fuego en la mano y por mote: *Oculi Domini custodiunt scientiam, et supplantantur verba iniqui.* A sus pies el planeta Venus, símbolo de la deshonestidad y madre de la herejía.

El cuarto triunfo salió en otro carro, y fué de la conversión de las gentes, con grande variedad de trajes y personas: en la popa de él iba Nuestro Santo Padre con el nombre de Jesús en la mano y pecho en forma del sol y su blasón por mote: *Ad maiorem Dei gloriam.* El auriga de este carro, como quien solo bastara, fué nuestro bienaventurado Padre San Francisco Javier, con el blasón de *Satis est, Domine.* Los personajes que acompañaban este carro, eran los reinos y naciones de la gentilidad, cada cual en su traje y figura tal, que admiró la riqueza, curiosidad y variedad de sus vestidos; y el planeta Luna aherrojado á los pies del Santo, por la ignorancia de la gentilidad.

El quinto triunfo fué de la reformación de estados, que sacó la Congregación del Salvador de nuestra Casa Profesa, aludiendo á que por medio de estas Congregaciones ha reformado Nuestro Santo Padre todos los estados. El auriga era nuestro Beato Padre Francisco de Borja; los personajes el caballero, el cortesano, el plebeyo, el estado de los casados, el de los solteros, la soldadesca, el republicano y el juez. El geroglífico fué Nuestro Santo Padre con las insignias del planeta Saturno, padre de las edades: el cornucopia en la mano, y por mote aquellas palabras de San Pablo: *Omnibus omnia factus sum.* Híceme muy de todos, para ganarlos á todos. El demonio burlador de todos iba aherrojado á los pies de Nuestro Santo Padre. Salió éste tan vistoso, que fué á juicio de todos lo más que hubo que ver en la fiesta; porque eran los personajes setenta y dos niños de los más principales de nuestros estudios, parte de ellos acompañaban el carro, riquísimamente aderezados en caballos, y los que hacían personajes de provincias y virtudes en los mismos carros, con tantos broches en las diademas, tiaras, vestidos y zapatos de terciopelo, y con tantas telas, brocados y recamados, que pusieron admiración.

Cuando éste paso volvió á nuestra Casa Profesa, que fué dadas las Ave Marías, se estaba ardiendo la ciudad en fuegos que habían encendido los vecinos por las calles, ventanas y azoteas de sus casas. Por que entre otras cosas que mandó hacer la ciudad, fué ésta una, la cual tuvo sus casas tan bien aderezadas de invenciones de fuego, que á verlas en la plaza, aquella noche, concurrió innumerable pueblo; y más de ochenta coches de personas principales en la ciudad, y porque no se nos olvide, no dejaré de decir aquí cómo fuera de $4.000 que dió la ciudad á comisarios, que nombró para estos fuegos, y la sortija que se corrió (de que después se dirá) depositó en un ejido, fuera de la ciudad, doscientos toros, convidando con público pregón á los vecinos, que todos los que en regocijo de esta fiesta quisiesen correrlos en sus calles con sogas, porque no fuesen de daño, acudiesen por ellos al ejido, que se les darían de valde, como se hizo.

Esmeróse esta noche y la siguiente, como en todo lo demás, la piedad del Excelentísimo Virrey, mandando poner en los altos de Palacio y en las ventanas, más de treinta banderolas y dos mil quinientas luminarias; y de la misma manera estuvieron las casas y torres Arzobispales, y las demás Religiones, que aunque al principio de la fundación de la Casa Profesa se habían opuesto á ella, ya echaban de ver de cuánto servicio de Dios había salido esta obra. Y así en esta fiesta se esmeraron, en particular los Padres de Santo Domingo, San Agustín y Carmelitas Descalzos. Puestos en las torres de nuestra Casa y mirando el fuego de las calles, plazas y azoteas, parecía la ciudad una

campiña que se ardía en vivas llamas. Pero lo más admirable fué ver el número sin número de cohetes que volaban por el aire, y volando se encontraban arrojados de tantas partes, tantos y tan aprisa, que no era posible contarse. El ruido de las chirimías, el són de los atabales y trompetas, que por partes distintas estaban repartidas, el sonido de las campanas, la luz de los fuegos, serenidad de la noche, que admiró por ser tiempo de aguas, y las muchas máscaras que salieron la hicieron tan regocijada, tan bella y tan alegre, que no se acuerda México haber visto cosa semejante. Hasta los mismos indios en sus arrabales y entre las espadañas de la laguna, donde tienen fundadas sus casas, subían á las azoteas y con su pobreza en las luminarias mostraban la devoción que al Santo tenían. Y finalmente, toda esta noche se gastó en aderezar las ventanas, paredes y calles por donde al día siguiente había de pasar la procesión.

§ III.

Sale solemne procesión de la Santa Iglesia Catedral, llevando el Santísimo Sacramento á la Iglesia nueva que se dedicaba de la Casa Profesa.

El siguiente día, que amaneció claro y sereno, con universal repique de campanas y música de chirimías, se vieron las calles por donde la procesión había de pasar colgadas de varias sedas y terciopelos bordados, y aljófar y oro, con muchos cuadros de nuestros santos; arcos, altares, invenciones y fuentes artificiales. De modo, que desde el suelo hasta las azoteas, no había palmo que no estuviese cubierto de ricas colgaduras, haciendo tan alegre vista, que miradas las calles (que son muy anchas y derechas) desde el principio, parecía una sola colgadura continuada: cosa la más vistosa y rica que jamás se había usado en este Reino, en procesiones algunas, á juicio de todos los que lo vieron. Había veinticuatro arcos muy hermosos divididos por las calles, que los pueblos circunvecinos de indios habían hecho, encargándose cada cual del suyo y adornándole á porfía con los mejores aderezos de seda, plumerías y curiosidades de flores que ellos alcanzaron; colgando de los arcos conejos, liebres, palomas, tórtolas, patos y garzas vivas. El suelo estaba cubierto y regado de juncia, las paredes (como se ha dicho) vestidas de seda, las ventanas con ricas alfombras y telas de oro, y la gente tan apiñada para ver que había concurrido por la fama de tan célebres fiestas de muchas leguas al derredor, que no se podía romper por las calles, sino que como olas andaban unas veces atrás y otras adelante.

A las ocho de esta alegrísima mañana, comenzó á salir la procesión de la Iglesia Catedral por este orden: delante iban muchas cofradías de varias iglesias de la ciudad, luego las religiones por su orden y antigüedad; seguíase después la clerecía de las parroquias, la cual, aunque el Señor Arzobispo no la hubiera obligado á asistir á esta procesión, el contento y devoción que en ver este día mostraron, no permitiera ni acabara con ellos á que alguno faltara: seguíase entre la clerecía y cabildo la cofradía del Santísimo Sacramento, con sus oficiales é insig-

nias que es de la gente más principal de esta república, y que á juicio de muchos es de las graves que tiene España. Y después de ella seguíase el cabildo de la Santa Iglesia mezclado con los superiores de las religiones, y al fin las andas en que iba el Santísimo Sacramento riquísimamente aderezadas en hombros de doce Sacerdotes de la Compañía, revestidos, debajo de un rico palio, cuyas varas llevaban los regidores de la ciudad, que iban grave y costosamente vestidos y cubiertos de joyas; queriéndose esmerar este día esta insigne ciudad en esto como en lo demás, y mostrar el grande afecto y estima que tiene de la Compañía. Ayudó mucho á todo lo dicho Don García del Espinar, corregidor de ella, con su grande caudal y gobierno y amor que nos tenía; dejándonos á todos muy obligados. Detrás de las andas iba el Virrey con la Real Audiencia, caballeros y resto de la ciudad.

En saliendo la procesión de la iglesia, la hizo reparar cuarenta y cuatro piezas que se dispararon junto á un hermoso castillo de siete varas en alto, y de cantería bien fingida que los morenos criollos de una cofradía que tienen en el convento del gloriosísimo Padre Santo Domingo, movidos de aquellos Padres (que en esta ocasión se esmeraron en hacernos favor), y también de la devoción que los mismos morenos tienen á Nuestro Santo Padre, le ofrecían esta invención. Tiraban este castillo que venía armado sobre cuatro secretas ruedas, veinticuatro salvajes vestidos de cerdas largas de pies á cabeza y máscaras muy al propio: delante de él venía en hombros de otros cuatro salvajes vestidos de cerdas el rey del castillo, en una silla con maza y traje muy al natural; el cual, puesto delante del Santísimo Sacramento, tocando con la maza el castillo disparó grande número de cohetes, y se rasgó un globo ó nube en que remataba pintada de hermosos celajes descubriendo dos niños, el uno en traje de la Virgen Santísima y el otro de Nuestro Padre San Ignacio. El cual, mostrándose agradecido del servicio que los morenos le hacían, suplicó á la Virgen fuese Madre favorable ofreciéndoles á ellos su intercesión para con la piadosa Señora, que mostrándose benigna á los ruegos del santo ofreció acudir á lo que por su parte se suplicaba. Entonces el rey salvaje en media docena de octavas, dijo: cómo estando retirado allá en los bosques, oyó recostado desde su cabaña el eco de las fiestas que al santo se hacían en México. Pero no hallándose, como que era tan pobre, con más rico caudal, ofrecía aquel castillo: abrióse al punto una puerta de él, por donde salieron otros doce salvajes muy bien aderezados que hicieron una danza muy curiosa que fué alegrando la procesión.

Acabada de ver esta invención al punto encontró la procesión con otra, asimismo de morenos, nuevamente traidos á este Reino de diversas provincias de la Etiopia, traían un elefante de maravillosa grandeza y gracia. Espantó ver su figura y forma tan al natural retratada. Toda esta gran máquina estaba armada sobre unas ruedas que con facilidad se movían. En lo alto de este animal estaba sentado un moreno en forma del rey, con su cetro en la mano y corona en la cabeza, representando muy al vivo al de Etiopia. Era cosa maravillosa, cómo esta gran bestia venía á reconocer y hacer reverencia á la Soberana Majestad de Dios Nuestro Señor, puesta debajo de aquellos accidentes; hizo luego una hermosa retirada hacia fuera para dar lugar á la gente y hacer lo que no causó menos gusto que admiración, porque todo el vientre del elefante que era hueco y muy capaz, á la manera

del otro caballo de Troya que estaba lleno de soldados, éste lo estaba lleno de cohetes, morteruelos y bombas, á quienes pegando fuego por una secreta cuerda alquitranada, antes que por de fuera se viese dispararon allá dentro dos bombas, y rompiendo el mismo vientre del elefante salieron con un ímpetu y velocidad grande, así por él como por los ojos y trompa, tantos cohetes, que fué cosa que puso admiración y dió mucho gusto. Luego entraron ocho danzas de los morenos, cada una tan artificiosa que pedía particular memoria, y se le debía á esta buena gente que con extraña devoción gastó su pobre caudal en sacar vestidos nuevos de Damasco y sedas, todos ellos tan bien aderezados, que así por esto, como por los ingenios de las danzas, curiosidad de los vestidos, y són de las flautas y tamboriles, no poco alegraron la procesión.

No se acabaron aquí las invenciones de fuego que hubo en la plaza, porque por orden de la ciudad estaba otra no menos ingeniosa en su traza, que admirable por su grandeza: éste era un gigante disforme y corpulento. Sobre un tablado de madera cubierto de ramas verdes y juncias, que con su hechura significaban los cuatro heresiarcas de nuestros tiempos: Calvino, Lutero, Zuingles y Melanctón, cuyos nombres estaban escritos en los pechos y espaldas con letras blancas en campo azul; todo era un solo cuerpo, pero remataba en cuatro cabezas cuyos rostros eran de máscaras feísimas, y con estar juntas las cubría un sombrero muy grande que revolviendo la falda hacia arriba por las cuatro partes de los rostros, formaba cada vuelta una cabeza sobre cada rostro. En los brazos tenía una grande maza y unas ruedas de cohetes en forma de rodela, y todo el cuerpo lleno de espesas bombas de fuego é infinitos cohetes voladores, y hasta cien tiros de mosquetes; en la azotea frontera de las casas de la ciudad estaba el S. P. Ignacio con manteo y sotana, y en la mano izquierda un Jesús, porque en la derecha tenía un rayo que á vista de todos arrojó á la estatua de las cuatro herejías, y pegándole fuego la abrasó; arrojando de sí todos aquellos cohetes, tiros, bombas y ruedas que dijimos, disparando de la misma azotea otras ochenta cámaras, á quien respondió Palacio con más de otras tantas que fué una de las mayores y más solemnes salvas que se han visto jamás en este Reino, y como se disparó toda junta y á un tiempo, el humo de la pólvora parecía una espesa nube que quitaba la vista al sol.

Estaban en la plaza y calles por donde había de pasar la procesión cinco tablados, divididos con igual distancia unos de otros, donde se habían de mostrar los cinco triunfos que salieron la tarde antes en los cinco carros triunfales que dijimos, y habían venido los personajes de ellos en los mismos carros á buena hora antes de salir la procesión, á ponerse en sus tablados y esperarla, desde donde habían de aclamar brevemente al uso de los romanos, triunfos á Jesucristo Nuestro Señor que en el Santísimo Sacramento venía; ofreciéndole nuestro Santo Padre aquellas aclamaciones y triunfos de sus hijos, y victoria que con su gracia habían alcanzado como arriba se apuntó. Llegó pues la procesión al tablado donde estaba el primer triunfo de la juventud, que como se dijo, era de la nación Vizcaina, que estaban al rededor guardándole con muy buena traza y orden; y con ser tan ancha y espaciosa la plaza, era tan innumerable la gente que acudió, que ni los alguaciles (que eran muchos) ni toda la guardia del Virrey fué poderosa para